



Ensayo Un riguroso estudio crítico narra la extraordinaria acogida que encontraron los autores postestructuralistas franceses en Estados Unidos

La 'success story' de Jacques Derrida

François Cusset
Traducción de Mónica Silvia Nesi

MELUSINA
379 PÁGINAS
20 EUROS

XAVIER PLA
A principios de los noventa asistí a algunas clases de Derrida en París. En un enorme anfiteatro del Boulevard Raspail, el filósofo francés, desaparecido en el 2004, se sentaba ceremoniosamente, se quitaba una enorme bufanda roja y empezaba a hablar, desmenuzando un discurso exigente y hermético. Se hacía el silencio y las más de trescientas personas de la sala seguían con extraña beatitud las reflexiones sobre el límite, la negatividad o el *différance* del autor de *De la gramatología*. Entre el público, destacaban por su presencia ruidosa y vistosa las estudiantes norteamericanas y canadienses. El rigor metodológico de Derrida seducía. Pero el uso indiscriminado de conceptos no identificados, así como las dificultades para encontrar un sitio cómodo, me alejaron de sus clases.

Más que su pensamiento, me interesó el personaje. Alguna vez, esperé en el hall del hotel Lutétia su llegada. Allí, Derrida tomaba siempre un café antes de dar su lección, rodeado de admiradores. La enorme carcasa del Lutétia, el lujoso hotel que los nazis utilizaron durante la ocupación y que al terminar la guerra acogió a los deportados de los campos de concentración, daba un aire de dandy intelectual a Derrida, convertido en estrella mediática, atento a los flashes y a las entrevistas. Otras veces le vi pasar por los pasillos de la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHES), indiferente y altivo, satisfecho por la cola de



Derrida, en el 2002

JOSE M. ANGLADES/AGF

estudiantes que esperaba ante su despacho. Sorprendía comprobar que, en el piso de arriba, el mismo Pierre Bourdieu congregara tan sólo a una cuarentena de investigadores. O que el inteligentísimo e irónico Gérard Genette, apenas una veintena, o que el ya anciano Claude Brémont, agrió detractor de Greil Marcus, no atrajera más que a una docena de estudiantes. Al final, opté por Genette, sus clases sobre Proust y sus diálogos con Arthur Danto y Nelson Goodman.

Quedó la fascinación por Derrida, aquel niño argelino, enjuto, de familia judía, que soñaba ser filósofo bajo la estela de Heidegger y llegó a ser profesor en la Sorbona y en Harvard. Pero también queda una molesta interrogación. El enigma Derrida consiste en comprender cómo es posible que un edificio conceptual de tanta magnitud, cuya opacidad y falta de claridad no pueden negarse, llegara a convertirse en uno de los productos más rentables que jamás haya existido en el mercado de los discursos universitarios. O que el término *deconstrucción*, de difícil por no decir imposible definición, se haya banalizado para ser utilizado por publicitarios, cineastas o hasta en el título de una película de Woody Allen. En el 2003, François Cusset, que fue director de la Oficina del Libro Francés en Nueva York y es profesor de sociología de la Columbia University en París, publicó un apasionante ensayo sobre la más reciente historia intelectual norteamericana. *French theory* es un riguroso estudio crítico que narra cómo las teorías francesas han alimentado a las recientes prácticas discursivas americanas. Tiene como principal virtud dar visibilidad al movimiento intelectual francés, liderado por Michel Foucault, Gilles Deleuze o Jacques Derrida, que, a partir de los años ochenta, encontró una amplia acogida en las universidades norteamericanas al mismo tiempo que iniciaba su declive en una Francia gobernada por la izquierda.

En este viaje transatlántico, el pensamiento de los autores postestructuralistas fermentó en unos campus que pusieron a su servicio un sistema académico

dinámico, innovador y muy permeable. Los lectores americanos de los filósofos franceses eran historiadores y literatos. Empezaron debatiendo sobre el relato, la objetividad y la subjetividad, el texto y sus interpretaciones. Se abandonaron los discursos sobre la verdad para empezar a analizar los dispositivos retóricos de la verdad. Durante la era Reagan, el discurso teórico se convirtió en un arma ideológica basada en los discursos de la diferencia y la identidad. Especialistas en historia afroamericana, poscolonial o en las minorías étnicas, estudiosos de la cultura gay y lesbiana, investigadores de la cultura popular y de masas, encontraron en el vocablo *cultural studies* el espacio conceptual idóneo para adentrarse en la diferencia. El término *fréché theory* es equívoco ya que para la clasificación antepone la nacionalidad. Pero lo cierto es que los libros de Derrida imperaron en un caldo de cultivo de prácticas identitarias diversas donde triunfó el *personal le politized*. Derrida contribuyó a deshinchar a muchos lectores, a galvanizar muchas energías, y se multiplicaron los usos políticos de un discurso que, a priori, a diferencia de Chomsky o Said, ni se lo planteaba. Derrida produce lo más sustancioso de su obra en América. O hasta podría decirse que "América produce su obra".

Mientras tanto, Francia, encerrada

Detrás de los flashes y las entrevistas queda el enigma: ¿cómo hechizaron tanto unas teorías tan abstrusas?

en su concepto monolítico de la identidad, observa cómo los *cultural studies* intentan expandirse sin éxito, acusados por un antimercantilismo ingenuo/ironías de la historia: el pretencioso edificio metálico de la EHES deberá ser desalojado próximamente a causa del amianto, que lo corroe por dentro y por fuera. Es el único edificio que amenaza ruina del Boulevard Raspail. |